Ella el caudal seguro de beneficios, gracias y bendiciones? No cesarémos de repetir la necesidad que tenemos de recurrir á tan excelsa Reina en todas las necesidades de la vida, si queremos experimentar los dulces consuelos con que enriquece á los que son sus verdaderos hijos.

PRACTICA.

Postraos á los piés de la Vírgen Santísima, y pedidle con fervor la conversion de los pecadores.

JACULATORIA.

Vita, dulcedo et spes nostra, salve.

Yo os saludo, oh María, vida, dulzura y esperanza nuestra

Lo demas como en la página 28.

DIA VIII.

De las virtudes que María practica en el Misterio de la Encarnacion,

1.° Antes del cumplimiento de este misterio.
2.° En el momento en que el Angel le anuncia este misterio.
3.° Despues del cumplimiento de este misterio.

La preparacion como en la pág. 21.

PUNTO I. Considera, cristiano, que la Bienaventurada Vírgen, consagrada á Dios desde su tierna infancia, pasaba su vida en la práctica de todas las virtudes. Dios se complacía en ver á esta amable Niña elevarse á la mas alta perfeccion, y á cada instante la llenaba de nuevas gracias para disponerla á ser la Madre de su Hijo. Cuando María conóció que el tiempo de la venida del Mesías se acercaba; ¡Ah! ¿quién podría explicar los trasportes de su alma? ¡con qué fervor deseaba este afortunado momento para ver á su Dios glorificado, y á los hombres libres de la esclavitud del demonio y del pecado, en que desde tan largo tiempo gemía Sin cesar suspiraba, y con lágrimas pedia á Dios que se dignase enviar á la tierra el Redentor prometido; este era el objeto de todos sus votos y fervorosas oraciones. Bien á menudo tenemos tambien nosotros la dicha de recibir en nuestro corazon por medio de la sagrada comunion, al Dios mismo que María concibió en sus castas entrañas; pero, ¿nos preparamos como ella á su venida con la práctica de las virtudes y la santidad de nuestra vida? ¿En nuestras oraciones y en nuestros ejercicios de piedad, esperimentamos estos buenos sentimientos, y estos fervorosos deseos que ani-

maban á la Vírgen Santísima? ¡Ah! ¡cuántas negligencias! ¡cuánta frialdad, y cuántas distracciones en todas nuestras devociones, y aún en nuestras comuniones!

PUNTO II. Admirémos las virtudes que María practica en el momento en que el Mensagero celestial viene á saludarla de parte de Dios. A un tiempo se dejan ver su grande modestia, turbándose á la vista de un ángel en figura humana; su viva fé, creyendo sin vacilar el grande misterio que le anuncia; su amor á la virginidad, prefiriendo esta hermosa virtud á la augusta dignidad de Madre de Dios; su profunda humildad, no tomando otro título que el de sierva del Señor; su perfecta obediencia, sometiéndose á las órdenes de Dios: *Hé aquí la esclava del Señor; cúmplase en mí segun tu palabra.* Aprendámos, pues, estas virtudes de nuestra santa Madre, y no olvidémos que solo esforzándonos en imitarla, tendrémos la dicha de agradarle y de merecernos su proteccion.

PUNTO III. Representémos cuales fueron los sentimientos de la Santísima Vírgen, despues del cumplimiento de este inefable misterio, y cuando la portentosa virtud del Espíritu Santo hubo formado en su casto seno el cuerpo del Mesías. Al momento se humilló delante de él, le adoró con un profundo respeto, le amó como á su Dios y como á su Hijo, se le ofreció para servirle, y para entrar en todos los designios que le impelian á hacerse hombre. ¡Oh! ¡y qué dichosos seríamos nosotros, si ántes, despues, y en el momento de la sagrada comunion, supiéramos practicar las virtudes que la Vírgen María nos enseña! No necesitaríamos de otro método para comulgar bien, y si teníamos la dicha de hacer bien todas nuestras comuniones, tendríamos ya bastante para hacernos santos.

La oracion de la página 25 y luego la siguiente

ORACION.

Oh dulcísima Madre de Jesus, divina María, ¡cuáles fueron vuestros sentimientos al recibir en vuestro casto seno al Verbo encarnado! ¡con qué transportes de amor acojísteis á este Dios de santidad, hecho vuestro Hijo! ¡Oh! y ¡cómo se complacería éste en habitar en vuestra hermosa alma! ¡cómo tendría sus delicias en descansar en vuestro maternal corazon, al verle tan puro, tan humilde, tan dulce, tan fervoroso, tan compasivo!.... Santísima Madre mia, yo tengo tambien la dicha de recibir á menudo á nuestro amable Jesus: pero ¡ay! ¡y qué diferentes son vuestras disposiciones á las mias! ¿es posible que éste Dios tan santo haya querido entrar en un corazon, (¡ah! yo me horrorizo al pensarlo) que ha sido mil veces la morada del demonio? ¡Oh Vírgen Santa! por el amor de vuestro adorable Jesus, ayudadme á prepararme mejor para recibir la sagrada comunion; comunicad á mi corazon malo alguna parte de esa caridad, de esa pureza, de esa dulce humildad, de ese fervor que anima al vuestro, á fin de que comulgando dignamente, pueda en la hora de mi muerte recibir el premio prometido á los justos. Amén.

EJEMPLO.

Aparicion de la Santísima Vírgen á una señora protestante.

No ignoramos que todas las cosas extraordinarias, que todos los hechos maravillosos, antes de ser admitidos como tales, deben ser maduramente examinados, pero tambien sabemos que no es ni razonable ni cristiano una disposicion habi-

ual á rechazar todo lo que sobrepasa las fuerzas de nuestra débil inteligencia. La supersticion es una debilidad, sin duda, pero la incredulidad es un crímen. Creemos evitar la una y la otra, comunicando á nuestros piadosos lectores la siguiente relacion, de la que podemos garantizar la certeza.

En los dias en que Roma se disponia á recibir á Pio el Grande de vuelta de Gaeta, un oficial del ejército expedicionario francés se paseaba por los alrededores del Vaticano, acompañado de su esposa y de sus hijos, uno de los cuales contaba doce años y el otro diez. La señora habia tenido la desgracia de nacer entre los protestantes de Alemania, mas, á pesar de todo, poseia las virtudes morales debidas á la educacion que recibiera de su celosa madre. Asegurada por este lado, nada le remordía la conciencia, y para colmo de males, se afirmaba en el fatal principio introducido por el indiferentísmo, y tan generalmente estendido en nuestros aciagos dias.

—Cada cual, decia la señora á que nos referimos, debe vivir y morir en la religion en que ha nacido. ¿Qué podria hacer mas yo, siendo católica, de lo que hago siendo protestante?

Esto no obstante, ya sea por curiosidad, ya porque se anduviese mezclado en ello un presentimiento indefinible, indicó á su esposo tener un vivo deseo de ver las habitaciones particulares del Papa. Ninguna dificultad se opuso á ello y ambos esposos recorrieron sucesivamente los principales salones del palacio, y llegaron, por fin, á la capilla particular del soberano Pontífice.

Al entrar en ella, los ojos de la señora se fijaron de pronto en un reclinatorio cubierto de una tela colorada. Per

suadida, con razon, de que aquel era el lugar desde el que el Jefe de la Iglesia implora cada dia sobre su pueblo las bendiciones del cielo, no vaciló un momento en arrodillarse en él, pensando cuanto gozo daría á una hermana política suya que amaba tiernamente, y la cual pertenecia á la religion católica. La buena señora inclinóse, apoyó su cabeza entre las manos, y se puso á orar de rodillas en el reclinatorio del Papa. Su oracion fué corta, pero ferviente, y por una dichosa costumbre, en oposicion con los principios de sus correligionarios, pero que habia contraido desde hacía mucho tiempo, encomendó sus hijos á la santísima Vírgen.

Levantando luego sus ojos vió sobre el altar una señora rodeada de una luz blanquísima que tenia á sus dos hijos de la mano, y mas abajo, la figura del Papa vuelto á ella. Impresionada y conmovida hasta derramar lágrimas por un espectáculo tan singular, su primer movimiento fué asegurarse de sus dos hijos que se hallaban junto á ella.

La emocion, por su parte, fué tan fuerte y sensible, que alarmó á su esposo, pero le tranquilizó la señora, dándole á entender que aquello no era mas que el efecto de una indisposicion comun. Mientras tanto, el efecto que la produjo la maravillosa aparicion se hallaba tan vivamente grabado en su espíritu, que le era imposible apartar de él la memoria por un instante siquiera. Pero no termina aquí esto.

El 12 de Abril; dia de la entrada del Papa en Roma, la señora que nos ocupa dirigióse á la tribuna que para ella y las esposas de los oficiales franceses estaba reservada en la basílica de San Juan de Letran. Apenas hubo visto el Papa que iba á adorar al santísimo Sacramento, reconoció en

Pio IX á la misteriosa persona que á los piés de la aparicion habia visto algunos dias antes en la capilla del Vaticano. Esto la impresionó vivamente, pero su emocion creció de punto al advertir que encima del Papa, y guardando la misma posicion y rodeada del mismo brillo que en el Vaticano, se hallaba la Imágen extraordinaria: en estos momentos no fué ya la señora dueña de contener su emocion, y todos los presentes creyeron que se habia puesto repentinamente enferma. Esta, sin embargo, volvió prontamente en sí, y como la primera vez, guardóse para sí el secreto; mas una tercera aparicion le estaba reservada.

El dia fijado para la recepcion por su Santidad á las Señoras de los oficiales del ejército, la que nos ocupa fué una de las mas puntuales. Todas ellas se hallaban colocadas en dos filas, por entre las cuales pasaba el Padre Santo dando su bendicion á derecha é izquierda. Al llegar delante de la señora heroina de esta historia y de sus dos hijos, el Vicario de Jesucristo se detuvo como para representar mas vivamente á su divino Maestro, y acarició como El á los dos niños, llevando su bondad hasta el extremo de preguntar por los nombres de las dos criaturas que se hallaban arrodilladas á sus piés, les regaló unos rosarios, y parecia querer colmarles de una bendicion particular, pues puso sus manos sagradas á un mismo tiempo sobre las infantiles cabezas. La dichosa madre se hallaba, como suele decirse, loca de alegría por ello, pero su emocion llegó al colmo cuando de nuevo vió encima del Sumo Pontífice, y de la misma manera que las dos veces anteriores, la brillante Imágen que no tenemos ya necesidad de calificar.

La buena señora, que desde la primera y segunda aparicion se sentia vivamente instigada á dejar el protestantismo, despues de esta tercera y última, vió que era imposible ya

resistirse á la gracia que le animaba. A causa de ello, pasó la siguiente noche entre suspiros y gemidos, y no pudiendo ya soportar sola por mas tiempo el peso enorme de su secreto, tomó, al fin, la resolucion de enterar de él á su esposo, y anunciarle que estaba resuelta á abjurar el protestantismo, á lo cual le animó vivamente su marido y la secundó en todo, con grande satisfaccion de su alma.

La abjuracion se hizo con todas las ceremonias que requieren estos casos, el viérnes 17 de Mayo, en una capilla interior de la Trinidad del monte, y el siguiente juéves la familia tuvo la dicha de comulgar en otra capilla de la comunidad, administrando el cardenal vicario el sacramento de la Confirmacion á la ferviente neófita. (1).

La Vírgen Santísima la quiso para sí, y no descansó hasta tenerla en la santa Religion, fuera de la cual no es posible salvarse. ¡Oh! cuánto seria el regocijo de la buena señora, al considerar que debia aquel bien inapreciable al cariño y respetuoso afecto que habia profesado á la Madre de Dios y á las oraciones que le habia dirigido para que protegiera y amparace á sus hijos. Acojámonos nosotros tambien á su benigno y celestial amparo, si queremos merecer de Ella proteccion decidida, pero no nos olvidémos de que para conseguir esta proteccion, debemos captárnosla con la imitacion de sus excelsas virtudes, y particularmente de su profunda humildad.

PRACTICA.

Humillaos profundamente delante de la Madre de Dios, y pedidle perdon de las negligencias que habeis cometido en su servicio.

---

(1) Huguet, *Trésor histórique des enfants de Marie.*

JACULATORIA.

Oh clemens, ó pia, ó dulcis Virgo María!

Oh María, oh Vírgen llena de clemencia, de piedad y de dulzura.

Lo demás como en la página 28.

DIA IX.

Del Ave María.

El Angel felicita á María.

1.° Por sus excelentes prerrogativas,

2° Por su union íntima con Dios.

3.° Por su elevacion sobre todas las criaturas.

La preparacion como en la pág. 21.

PUNTO 1. *Dios te salve llena eres de gracia.* Con estas palabras el Espíritu celestial saluda á la Santísima Vírgen, como enviado de la Augustísima Trinidad, para anunciarle la mas importante, la mas dichosa nueva que se ha dado jamás; á saber: la Encarnacion del Verbo. Lleno de respeto y veneracion, hácia aquella que mira ya como á su Soberana, no la llama por su nombre, sino le dice: *llena de gracia,* Palabras que contienen el elogio mas completo, y todo lo glorioso que puede decirse en su honor. En efecto, esta admirable Vírgen estaba llena de gracia en su entendimiento, en su corazon, en su memoria, en sus sentimientos, en sus

palabras y en sus obras. En el mas elevado grado poseia no solo la gracia santificante, sino tambien las gracias actuales, las virtudes sobrenaturales, y los dones del Espíritu Santo, y esta plenitud excedida á los dones celestiales que han tenido jamás todos los Angeles y los Santos juntos. unámonos, pues, con el Enviado celestial, y penetrados de los mismos sentimientos felicitémos á nuestra Divina Madre por los tesoros espirituales con que la ha enriquecido la mano del Criador. Pidámosle que se compadezca de nuestra miseria, y que nos haga participantes de aquellas preciosas gracias de que abunda, y de las cuales ha sido constituida dispensadora en favor de los hombres.

PUNTO II. El Angel felicita á María por su union íntima con Dios. El Señor es contigo, le dice, *Dominus tecum.* En efecto, el Señor es con voz, oh María, no solo por su presencia y providencia como se halla en todas las demas criaturas, ó por su gracia y su amor como se halla en todos los demas justos, sino tambien de un modo el mas íntimo y mas especial, con una ternura particular. El quiere aúu estrechar mas y mas los vínculos sagrados que os únen con él, y vuestro corazon ya consagrado y santificado por su presencia, va á ser el templo vivo en que el mismo Santo de los Santos establecerá su habitacion, y un santuario en que habitará corporalmente, y que por lo mismo contendrá toda la plenitud de su divínidad y humanidad. Nosotros participamos tambien en alguna manera de la dicha de la Vírgen Santísima, cuando nos hallamos en estado de gracia; Dios se complace en habitar en nuestras almas, y él mismo nos declara que tiene en ellas sus delicias. Pero, cuando las manchamos con el pecado mortal, Dios las abandona y las entrega al demonio. ¡Terrible desgracia! Pidámos á la Vírgen María, que nos libre siempre de caer en ella.